

## SEGUNDA PARTE.

## I.

Filosofía que suele ser el resultado de la desgracia.—Cárlos abandona la quinta.—El día nublado.—Un momento de agonía.—Diana enferma.—Vanidad de la ciencia.—Raro sueño de Diana.—Pierde la razón.

“Toda mujer es vaso de veneno  
Que á sus labios incauto el hombre lleva:  
La mas hermosa, tímida, inocente,  
Es flor que abriga un áspid en su seno.  
Pon á sus piés tu corazón ardiente,  
Hombre insensato, de esperanzas lleno;  
Cifra tu bienestar en su cariño,  
Confíala tu honor, tesoro santo  
Que al aire ha de esparcir hecho ceniza,  
Para reir de tu candor en tanto!”

“El hombre por capricho quiso un día  
Planta rastrera levantar del cieno;  
Altares la erigió; se prosternaba  
Para adorarla: ¡necia idolatría!  
La planta al cieno en que nació tornaba:  
Vivir en otra esfera no podía.

“¿Porqué vestir con oropel brillante  
Esa deformidad, esa impureza,  
Y un alma atribuirle y sentimiento?”

El mundo antiguo, de locura exento,  
A la mujer consideraba solo  
De placer material como instrumento.

“Y luego, obrar el bien ¿de qué nos sirve,  
Si todos los afectos son burlados,  
Si enemistad el hombre halla en la tierra  
O indiferencia solo? Dá al amigo,  
Al que amigo se llama, dá tu mano:  
Tendiéndote su diestra, con la otra  
Hierde tu corazón y te asesina.  
¡Oh! la amistad es cosa peregrina!”

“A sí mismo bastarse el hombre debe;  
Cerrar su pecho á la piedad, alerta  
Permanecer contra la astucia humana;  
Y, ya que manantial es de dolores  
La sociedad, vivir en aislamiento,  
Y anegar en la hiel de la experiencia  
De lo bello y lo grande el sentimiento.”

Cárlos así decía, y caminaba  
La quinta abandonando.—Triste el día  
Su claridad con la neblina vela:  
Empapaba las hojas de los árboles  
Lluvia menuda: el lago solitario  
Ostentaba sus ondas cenagosas  
Que no azota el alción: la golondrina  
Para buscar al sol remonta el vuelo,  
Pues que el invierno ha vuelto se imagina  
Al ver triste la tierra, oscuro el cielo.—  
Por el acerbo desengaño herido  
Aquel hombre leal y generoso,

Cree que en la tierra la virtud no existe;  
 Huye del trato humano, y á porfía  
 Bebe en odiosa copa la cicuta  
 De una falsa y cruel filosofía.  
 Prosigue caminando silencioso  
 Y de pronto se pára.... De allí cerca  
 El sitio estaba que le vió dichoso,  
 Oyendo de los labios de Diana  
 La confesion de amor. El limonero  
 Que sus ramas sobre ellos estendia  
 Aquella noche; el dilatado lago  
 Que á sus piés mansamente se adormia;  
 El vespertino cándido lucero  
 Que de su amada la atencion robaba;  
 El dulce canto que en la brisa erraba  
 De intérprete sirviendo al pensamiento  
 Que él abrigaba entonces, todo vino  
 A su memoria... En medio del camino  
 Detuvo su caballo en el momento:  
 Con ambas manos ocultó su rostro...  
 La fortaleza estoica no existia:  
 A gritos aquel hombre sollozaba  
 Y un torrente de lágrimas vertia.  
 El contemplarle así lástima daba!  
 Mas luego se calmó, y, avergonzado  
 De haber á su dolor rienda soltado,  
 "Esta debilidad es la postrera,"  
 Dijo, y de allí se aleja para siempre.  
 A nadie aviso de su marcha diera  
 En la quinta, y agora échanle menos;  
 Pero á la reflexion todos ajenos  
 Por la terrible enfermedad que postra  
 A la pobre Diana, al fin le olvidan,

Toda la noche de la enferma al lado  
 Veló su camarista; en la mañana,  
 Llena de sobresalto, la abandona.  
 Y, corriendo á llamar á la familia,  
 A todos con acento demudado  
 Que como dardo el corazon les hiere,  
 Dice: "Venid, venid: Diana se muere!"

Y era muy cierto. Acaso  
 Ya de la fiebre herida  
 Estaba cuando al baile  
 De máscara asistia.  
 Allí las muchas luces,  
 La agitacion continua  
 De la vistosa danza  
 En que Diana brilla,  
 A su salud endeble  
 Fueron quizá nocivas.  
 El aire de la noche,  
 Cuando al jardin salia,  
 Brotar hizo en su pecho  
 De muerte la sémilla.  
 La confusion, la pena  
 Que siente á la imprevista  
 Aparicion de Carlos,  
 Con quien hablar creia,  
 Y las palabras duras  
 Que él dijo, dieron cima  
 A la obra destructora  
 De la infelice niña,  
 Que, sin conocimiento,  
 Tostadas sus mejillas  
 Por ardorosa fiebre,

La boca purpurina  
 Entreabierta, en su blando  
 Lecho vemos tendida.  
 En rededor ansiosa  
 Muéstrase la familia:  
 Palpa con mano trémula  
 Su frente enardecida  
 La madre, y, anegadas  
 En llanto las pupilas,  
 A su oído murmura:  
 "Diana, mi amada hija!"  
 Ella la voz oyendo,  
 Con trabajo respira,  
 Lanza gemido débil,  
 Torna á quedar tranquila:  
 Y de este modo pasan  
 Muchos amargos dias.

En vano doctor grave  
 El pulso la examina  
 Y á su desierta alcoba  
 Confuso se retira,  
 Y allí selectos libros  
 Con avidez registra,  
 Hasta que su semblante  
 Viene á alumbrar el dia.  
 "La enfermedad no cede,"  
 Esclama cuando mira  
 A la paciente inmóvil  
 Sin dar señal de vida,  
 Y su cabeza mueve,  
 Su rostro se contrista,  
 ¡Momentos dolorosos

Para la ciencia altiva,  
 Que palpa la impotencia  
 De todas sus fatigas!  
 Luchando cuerpo á cuerpo  
 Con la dolencia impía,  
 Terreno aquella pierde  
 Y ésta, á su vez, domina.  
 Ve el médico la tumba  
 Abrir la boca fría  
 Con que al enfermo amaga,  
 Y á un tiempo á su adquirida  
 Reputacion, que el mundo,  
 Dechado de injusticia,  
 Pídele en sus furoros  
 Cuenta de aquella vida,  
 Como si no supiera  
 Que si contra Dios lidia,  
 La ciencia de los hombres  
 Es vanidad, mentira!—

Fuera desdicha suma  
 Morir así tan niña,  
 Diana encantadora,  
 Joya de tu familia.  
 Si de tu edad el alba  
 Brillando todavía,  
 Eras por tu belleza  
 Orgullo de este clima  
 Do, siempre en calma, el cielo  
 Muestra su azul cortina  
 Y perfumadas flores  
 Brotan las rocas mismas:  
 Si prematuro ingenio

Su aureola distintiva  
 Puso en tu escelsa frente,  
 Y agora en agonía  
 Sobre espinoso lecho,  
 Apenas si respiras,  
 ¿Será que el cielo quiera  
 Segar en flor tus días  
 Porque de poseerte  
 Juzgue á la tierra indigna?—

Entre los mil delirios  
 Que su cerebro agitan,  
 Creyóse ver Diana  
 Lejos de su familia  
 En solitario templo;  
 Ropa talar vestía:  
 Privada su cabeza  
 De ambas trenzas bellísimas,  
 Bajo la toca, al suelo  
 Con languidez se inelina.  
 Del órgano sonoro  
 Al brotar la armonía,  
 Coro de religiosas  
 Apareció á su vista.  
 Todas con vela en mano  
 Fórmanse luego en fila:  
 Sobre un lecho de flores  
 A que se acueste obligan  
 A Diana, y entretanto  
 Con dulce voz tristísima  
 El canto de los muertos  
 Entonan á porfía.  
 Ella, por la salmodia

Un punto adormecida,  
 Abre despues los ojos  
 Y enfrente á Cárlos mira,  
 Que con los goces puros  
 De eterno amor la brinda.  
 Ir á su lado amante  
 Quisiera; mas vacila  
 Y entonces á su oído  
 Suave voz decia:  
 “En vano acá en la tierra  
 Buscas, mujer, la djeha;  
 Para las almas nobles  
 Solo en el cielo habita.”  
 Ante la cruz, confusa,  
 Llorando se arrodilla,  
 Y al Redentor consagra  
 Su corazon, su vida.

En este instante mismo  
 Crisis la fiebre hacia:  
 Junto á su lecho el médico  
 Inquieto la examina:  
 Sus entreabiertos labios  
 Moja con agua tibia:  
 Llámala por su nombre:  
 Ella la vista gira,  
 Y á todos ve y á nadie  
 Conoce. . . . . estraña risa  
 La calma de su rostro  
 Altera convulsiva.  
 El médico á la alcoba  
 Do inconsolable habita  
 El padre de Diana,

Va.... La ansiedad se pinta  
 Del viejo en el semblante.  
 —Su vida no peligra  
 (Dice el doctor); tenemos,  
 Empero, otra desdicha,  
 Pues ha quedado loca  
 Esta infelice niña.  
 El viejo con las manos  
 Cubre su faz sombría:  
 Llora y esclama: “¡Loca!  
 ¡¡Loca mi pobre hija!!”

## II.

La loca en el campo.—Cántico de Gabriela.—Primeras sospechas de Fernando.—Su juramento.

Era una mañana de Mayo: nublado  
 Mostrábase el cielo; dormía callado  
 El lago en su lecho de arena gentil;  
 Y á veces el viento de Norte soplabá,  
 Y polvo y aristas al cielo elevaba,  
 Doblando en su tallo las rosas de Abril.

Orillas del lago, de blanco vestida,  
 La loca aparece: su hermano la cuida;  
 La siguen hermanas y madre también.  
 Sus rubios cabellos al aire abandona,  
 Tejida por ella, campestre corona  
 De flores diversas adorna su sien.

Sus ojos serenos do el cielo se via,  
 Hundió levemente la pena sombría;

Azules ojeras formó en su redor:  
 Su frente elevada, radiante, oscurece:  
 La risa en sus labios delgados fenece;  
 Perdió la viveza, perdió la color.

En la agua serena sus flores deshoja,  
 Y ve cómo el agua primero las moja,  
 Y luego siguiendo su curso las ve;  
 Y así, distraida, sin gozo ni pena,  
 Camina, ó se pára, ó rie, en la arena  
 Trazando al capricho figuras su pié.

Súbito inquietóse... comprime la ceja,  
 Sus manos estrujan su blonda madeja;  
 El blanco pañuelo se obstina en morder:  
 Señala su dedo la loma cercana,  
 Y, llena de enojo, maltrata á su hermana,  
 Que, puesta á su lado, la impide correr.

Entonces, sabiendo que el canto la calma,  
 La dijo Gabriela: “¡Qué quieres, mi alma,  
 Que cante?”—La loca.—La loca será.  
 A oirla Diana gozosa se apresta;  
 Su frente en el seno materno recuesta,  
 Y á poco Gabriela comienza á cantar.

“Vedla, vestida de nevado traje,  
 Destrenzado el cabello al viento dá:  
 Por las notas de un órgano guiada,  
 Torna obediente al conocido hogar.

Flor que la tempestad del mundo agita,  
 Perdió el color, la dicha y la razon:

Cual á mansa ovejuela, un fiel criado  
La trae al sitio que nacer la vió.

Su mirada se clava en el vacío,  
Y, los montes su mano al señalar,  
Hablando á solas: "Él vendrá, murmura;"  
"No lo dudeis.... me lo ofreció y vendrá."

Antes niña infeliz, hoy pobre loca,  
Deshechos ve los sueños de su amor;  
Mas se conserva su virtud sin mancha,  
Porque protege á la inocencia Dios.

En los amantes brazos de su madre,  
Del irritado padre ella á los piés,  
Luego recobra la razon perdida;  
La dicha no, que con su amor se fué!

Mas ¡qué rumor de la montaña parte  
Que hace su pecho de emocion latir?  
"María, mi María (una voz grita),  
A enlazarme contigo vengo al fin."

El amante aparece: á su ventura  
Ella crédito dar no puede aún;  
Mas él la abraza y la apellida esposa...  
¡Jamás quedó sin premio la virtud!"

El cántico espira: su rostro levanta  
La loca, y dá un grito que á todos espanta,  
Un grito que á todos el alma partió;  
A poco se rie, y luego, tranquila,  
Desde un alta roca su clara pupila  
Del lago en las olas brillantes clavó.

Entonces su llanto seguir refrenando  
No puede, aunque quiere, su hermano Fernando,  
Y esclama así, viendo la niña infeliz:  
"¡Hermana querida! mi pobre Diana!  
¡Oh! ¡quién al mirarte contenta y lozana,  
Pensara que hubiese de verte hoy así?"

"En humo trocóse tu claro talento,  
Pasó tu hermosura cual flor de un momento.  
¿Es ese que vistes el traje nupcial?  
¿Es esa la casta corona de esposa?  
¡Oh! más te valiera de fúnebre losa  
Dormir al abrigo, dormir allí en paz.

"Mas ¡cómo tan presto turbóse su mente?  
¿Dolores acerbos acaso ella siente?  
¿De tanta desdicha la causa quién fué?  
Terribles sospechas há dias me asaltan:  
De tal laberinto los hilos me faltan....  
¡Oh! ¡quién estos hilos pudiera coger!"

"La noche que Diana se enferma, de prisa  
Auséntase Carlos y á nadie lo avisa,  
Ni agora se sabe qué rumbo tomó;  
Acaso entre Alvarez y él ha mediado  
Disgusto profundo por celos causado,  
Que al cabo la amaban, no hay duda, los dos.

"¡Hermana, de todas la mas adorada!  
Fernando lo jura: serás tú vengada  
Si encuentro al que infame turbó tu razon:  
De toda tu dicha me habrá de dar ouenta,  
Pagando la angustia que agora atormenta  
De un modo indecible mi fiel corazon."

## III.

Entrevista de Alvarez y Fernando.—El gavilán se come al polluelo.—  
Alivios de Diana.—El aspirante llega á ministro.

—Es muy cierto que fuí vuestro amigo  
Y los dos á cual más calavera  
Siempre, juntos matamos el tiempo  
En alegre inmoral francachela;  
Mas las cosas de aspecto varían;  
Mis palabras son, Alvarez, serias:  
De Diana hoy se trata, y veréis  
Que este asunto á los dos interesa.  
Cierta noche la fiebre atacóla,  
Noche misma en que Carlos se ausenta,  
De tan súbita marcha el motivo  
Sin que á nadie en la quinta dijera.  
De la fiebre sanó, pero loca  
Ha quedado esa niña cual véisla:  
Él con ella casábase presto;  
Que la amabais es cosa muy cierta,  
Y que Carlos y vos esa noche  
Conferencia tuvisteis secreta.  
Desde entonces juntando los hilos,  
He llegado á formar una cuerda  
Que de ahorcarme tendrá si no ahorca  
Al que en esto culpable aparezca.  
Contestadme cual hombre: ¡infundísteis  
A ese jóven alguna sospecha  
Con respecto al amor de mi hermana,  
Con respecto á su honor....?  
—Me exaspera  
Tal lenguaje en tu boca, Fernando:

No mereces, por cierto, respuesta;  
Mas de dártela tengo, que el hombre  
A quien hoy así injurias, te aprecia.  
De un delirio funesto eres víctima:  
El amor á tu hermana te ciega.  
¿Quién ha dicho que no de la fiebre  
La provino esa estraña demencia  
Que por grados su fuerza atenúa?  
¿Porqué darla una causa diversa?  
Convenceos, Fernando, y oidme:  
Que la amé; ¿quién dudarle pudiera?  
Mas no tuvo hácia mí simpatía;  
Carlos llega y á Carlos acepta:  
Libre el campo le dejo, y mis labios  
No profieren siquier una queja.  
En el baile de máscara Carlos,  
A la pieza inmediata me lleva,  
La careta se arranca, y, causándome,  
Os lo juro, profunda estrañeza,  
Refrióme ligero disgusto  
Que con Diana esa noche tuviera,  
Pues notó que, al bailar, dado habia  
A otro jóven sobre él preferencia.  
Yo culpé sus ridículos celos,  
Él guardó misteriosa reserva  
De la noche en el resto. A otro dia  
De su marcha veloz danme cuenta,  
Y me asombro, pues no sospechaba  
Que á este estremó las cosas vinieran.  
Os ha hablado ya el hombre injuriado:  
El amigo en decirte se esfuerza  
Que ni Carlos ni nadie la causa  
Puede ser de que Diana esté enferma:

Cual amantes los dos se disgustan,  
 Con sobrada razon ó sin ella.  
 El contrato se rompe: aquel parte  
 Y en su casa la novia se queda:  
 En el mundo sucede esto siempre  
 Sin que sea motivo de gresca:  
 Además, el doctor asegura  
 (Tú bien sabes que es pozo de ciencia)  
 Que en su máquina Diana llevaba  
 De ese mal la semilla funesta,  
 Horas antes del baile. Me estiendo  
 Al decirte con toda franqueza  
 Mi opinion, porque temo que vayas  
 Hacia Cárlos pidiéndole cuenta  
 De su rara conducta: es un oso:  
 Pensará que á Diana le pesa  
 No atraparle, y, dejando rodeos,  
 Tú, Fernando, en ridículo quedas."

Alvarez de Fernando así conjura  
 La cólera instantánea y le desarma,  
 Tal como suele cariñosa madre  
 Con un juguete de vistoso alño  
 El enojo aplacar del tierno niño.

La demencia por grados abandona  
 A la pobre Diana: su mejilla  
 Torna á colorearse; pero mudo  
 Su labio permanece; del secreto  
 Que en su interior esconde, nadie pudo  
 Darse razon: siguió su mejoría,  
 Y á volver á la quinta comenzaban  
 Con su salud la paz y la alegría.

El partido que Alvarez regia  
 Triunfaba en esto: el nombramiento envióle  
 De ministro, que encuéntrale tomando  
 Taza descomunal de blanco atole,  
 Pues tambien los tribunos se alimentan.  
 Dispone su partida: en el espejo  
 Vióse y revióse, y de tan fiel registro  
 Sacó la consecuencia indubitable  
 De que tiene el aspecto de ministro.  
 Jovial de la familia se despide,  
 Fina hospitalidad agradeciendo.  
 Diana allí estaba, y su pequeña mano  
 Él con las suyas á estrechar se atreve,  
 Y ni siquiera, su verdugo siendo,  
 Sintió al partir remordimiento leve.

## IV.

El hombre que no puede reformarse, aspira á reformar la sociedad.—Investigaciones filosóficas.—Su inutilidad.—Cárlos se dedica á las ciencias.—No puede olvidar lo pasado.—Carta de J.\*\*\*—Depravacion moral de Cárlos.—Incidente cuyos detalles mas tarde conocerá el lector, y que influyó de un modo funesto en la suerte de la protagonista.

Del Atoyac en la risueña orilla,  
 Cerca de Puebla la opulenta, Cárlos  
 Fijó su residencia solitaria.  
 Llena el alma de tedio y amargura,  
 Quiso reconcentrarse algunos meses  
 Para estudiar, observador lejano,  
 La sociedad á que tornar debía.  
 Hallábase en la época sombría,



Que casi siempre á la desgracia sigue,  
 En que todo nos hiere; cuando hallamos  
 El desprecio pintado en los semblantes,  
 El odio acaso, por do quier que vamos.  
 Negando la verdad de los afectos,  
 Consideró los lazos de familia  
 Como cosa ridícula: olvidóse  
 De aquel dogma inmortal que solo admite  
 El tránsito del hombre por la tierra  
 Cual prueba de dolor, y á nuestros ojos  
 En lontananza un paraíso pone,  
 Premio al buen proceder. Vió á los humanos  
 Cual máquinas juguete de la suerte,  
 Y su desigualdad chocóle: el rico  
 Fué para él usurpador injusto  
 Del tesoro comun: hirió su mente  
 El malestar del pobre, y se decia  
 Que acaso nivelando la riqueza,  
 La condicion moral nivelaria.  
 Dado á tan peligrosas abstracciones,  
 Para romper los eslabones viejos  
 Con que la sociedad se enlaza, quiso  
 Estudiar la política: su fuente,  
 Que es la historia, por él fué sondeada.  
 Todas las democracias turbulentas,  
 Los pueblos oprimidos bajo el yugo  
 De un déspota cualquiera, ante sus ojos  
 Pasando van, y en las primeras halla  
 De destruccion cual gérmen, la influencia  
 De la ignorante y ambiciosa turba:  
 Repugnan á su alma generosa  
 El destierro de Aristides, la muerte  
 De Julio César. Al tender la vista

Por los pueblos modernos, ve á dos dellos,  
 Que de acatar la libertad se jactan  
 Mas que los otros, con injusta guerra  
 Llevar á China su comercio el uno;  
 Eternizar la esclavitud el otro,  
 O ya tender la usurpadora garra  
 Valido de la fuerza, al exclusivo  
 Dominio de la América aspirando.  
 Miró al absolutismo eternamente  
 Sobre estorsion y sangre alzar su trono,  
 Y aun la aureola de esos hombres raros  
 Que encadenar supieron la anarquía,  
 Oscurecida á trechos por las sombras  
 De su injusticia y su crueldad. No advierte  
 Que la felicidad para los pueblos  
 En un gobierno cífrase adaptado  
 A su índole propia, y que inflexible  
 A raya tenga á la ambicion bastarda,  
 Y á la virtud y al mérito enaltezca,  
 Siempre los adelantos promoviendo  
 Moral y material.—Renuncia al cabo  
 A sus proyectos de reforma, viendo  
 De sus esfuerzos locos la impotencia,  
 Y queriendo ser útil á sí mismo,  
 Lánzase en los dominios de la ciencia.

Vedle por el jardin, clasificando  
 Cuantas yerbas y arbustos allí nacen;  
 Su biblioteca vasta consultando  
 Para saber si humilde florecilla  
 Que en el techo brotó de su ventana  
 Y que le sirve agora de recreo,  
 Es de las conocidas por Linneo.

Vedle entre mil volúmenes, sudando  
 Por descubrir si los egipcios antes,  
 Embalsamaban los humanos cuerpos  
 Por método difícil ó sencillo,  
 Con esencia de rosa ó de tomillo.  
 Vedle con el compas círculos varios  
 Trazando en el papel, radios en ellos  
 O diámetros y cuerdas y tangentes,  
 Y en duda de si un ángulo es obtuso  
 O si recto será, parar las mientes.  
 Sobre carta geográfica inclinado  
 Busca despues la latitud de Viena,  
 Y, por error ó distraccion, á Lóndres  
 Quiere hallar del *Sahara* entre la arena.  
 A su tejado sube, que habilita  
 De observatorio, y desde allí, cual Newton,  
 Nombra y numera las estrellas todas,  
 Puesto al rigor del aire y el sereno;  
 Y muchas veces, de entusiasmo lleno,  
 Suda y se desespera ¡hombre infelice!  
 Anhelando entre mil constelaciones  
*La cabellera ver de Berenice.*

Así cuando en sus alas la memoria,  
 Tendiendo el vuelo á los antiguos dias,  
 Solo trae recuerdos de amargura,  
 Para olvidar su dolorosa historia  
 Con avidez ocupaciones frías  
 En su aislamiento el hombre se procura;  
 Pero su distraccion muy poco dura,  
 Que, al creerse curado, si la puerta  
 Abre del corazon, vé que allí moran  
 Vivo el dolor y la esperanza muerta!

Era la noche, y entregado al sueño  
 Cárlos, su acalorada fantasía  
 De lo pasado la engañosa imagen  
 Ante sus ojos con afan ponía.  
 Otra vez á su lado está Diana  
 Inocente y fiel; sus trenzas blondas,  
 Su rostro de ángel, su flexible talle,  
 Del lago azul en las inquietas ondas  
 Ve reflejarse, y su amoroso acento  
 De nuevo resonaba en sus oídos,  
 De su fe pronunciando el juramento;  
 Mas de repente aléjase la jóven  
 Y de seguirla Cárlos trata en vano,  
 Que un poder invisible le detiene.  
 Ella el rostro volvió para decirle:  
 "Cuando yo estaba enferma y te pedía  
 Que me sirviera de sostén tu brazo,  
 Me lo negaste; cuando yo en tu seno  
 Quise mi frente reposar que ardia  
 Con fiebre destructora, tú, inflexible,  
 Me rechazaste de dureza lleno,  
 Y en espantosa soledad moría!  
 Cárlos, jamas me llamaré tu esposa!"  
 Lleno de angustia el corazon, despierta:  
 Un helado sudor su frente baña:  
 El alba tarda de lluvioso dia  
 Mezelaba ya sus tintas desiguales,  
 Y viento y agua con terrible saña  
 De su ventana azotan los cristales.  
 Pocas horas despues llega un correo  
 Que le traía carta de su amigo.

"Cárlos, querido Cárlos! (le decía)

He respetado ya por tiempo largo  
 Tu soledad y tu silencio amargo.  
 Pues tu dolor inmenso comprendia;  
 Pero ya es tiempo de que al mundo vuelvas  
 A cumplir tus deberes: lo pasado  
 No debe así tenerte encadenado.  
 Cual á inútil misántropo en las selvas.  
 ¡Cierto que el golpe fué mortal! Que nunca  
 Tan pérfida creyera yo á Diana.  
 Mas, respóndeme, Cárlos, ¿tú lo viste?  
 Y aun mirándolo tú ¿no te engañaste?  
 Porque del alto pedestal de gloria  
 A que subido habia, no comprendo  
 Cómo quiso Diana descendiendo,  
 Que la llamaran de su sexo escoria.

“¿Te acuerdas de la vieja que vivia  
 En la quinta, y sirvió, si no me engaño,  
 De Mercurio fiel en tus amores?  
 Pues ha venido á la ciudad, enferma:  
 Ayer me hizo llamar; acudí luego,  
 Y me dió para tí la carta adjunta.  
 Creyéndola sumida en la indigencia,  
 Y que en su carta auxilio te pedia,  
 Díla algunas monedas, y, no obstante,  
 En que te la enviara ella insistia,  
 Pues que llegue á tus manos la interesa.”

—¿Con qué derecho á traspasar mi asilo  
 Mis amigos se atreven? ¿Qué deberes  
 Me escitan á cumplir? ¿Qué les importa  
 Que yo consuma inútil existencia,  
 Si me conformo con vivir tranquilo

Desde que conocí por experiencia  
 Que el vicio triunfa y la honradez aborta?  
 Y esa mujer que mi piedad reclama  
 Porque el horror de la miseria siente,  
 ¿Ignora que es mayor mi desventura?  
 ¿Ignora que sospecho que en la trama  
 Contra mi dicha urdida, andaba ella,  
 A mi rival sirviendo y á su ama?  
 ¡Oh! padecer es el comun destino!  
 Tenga para sufrir filosofia:  
 Yo ni puedo ni quiero dar consuelos  
 Que ningun sér humano me daria.

Dijo así Cárlos, y en su mesa arroja  
 La carta de la anciana sin leerla.  
 Su corazon estaba endurecido,  
 Muerto á la compasion: él de rodillas  
 Al extremo del mundo hubiera ido  
 Por escuchar lo que el papel contiene,  
 Y semejaba al caminante ciego  
 Que, de la sed quemado por el fuego,  
 No ve la fuente que á su lado tiene.  
 Así tal vez su orgullo, su demencia,  
 Castiga la divina Omnipotencia.